

Lluvia menuda



EL ARROZ SINDICALISTA

I

La primera noticia de huelga que llegó á oídos de la pobre mujer, la estremeció. La huelga anterior habíales traído á un grande apuro, y eso que, por ser su marido *algo* de la Junta, percibía también *algo* más de la caja de resistencia del Sindicato. Otros huelguistas percibían menos, y á algunos, ni los desperdicios habían llegado.

Los vendedores de periódicos voceaban por la calle la huelga. Simón, que tal era el nombre del marido, empujó la puerta y entró frotándose las manos y diciendo:

—Ya es un hecho, mujer, ya es un hecho: hay huelga.

La mujer calló.

—Y ¡qué huelga! —prosiguió el obrero.—Una huelga que vá á meter en pretina á los patronos.

La mujer seguía callada.

—Porque ya es hora de clamar por nuestros derechos, conculcados por esos ladrones con chistera, y estos dere-

chos los conseguiremos por la huelga. ¡Viva la huelga!
Silencio obstinado de la mujer.

—Pero ¿se podrá saber por qué callas?

—Callo, porque debo callar, porque esas barbaridades que dices no merecen otra contestación.

—Mujer... tengamos la fiesta en paz.

—¡En paz! Yo me querría la paz cuando me pidan de comer estos pobrecitos y no tengo que darles, — y señalaba a dos niños que jugaban en el suelo.

—Anda, bobalicona, — contestó más calmado el marido, — que todo acudirá de la caja de resistencia del Sindicato.

—En las otras huelgas — contestó la testaruda costilla — hemos pasado las de Cain, bien lo sabes sobre todo por los nenes; — y á la buena madre se le cayeron dos lágrimas. El marido, que no era malo, se le acercó mimoso.

—Mira, mujercica, si no te quisiera como te quiero, te propinaría dos sopapos por esas lágrimas tan sin razón. Verdaderamente, como decían el otro día en el mitin, la Iglesia cria mándrias; por eso eres tú así. Pero no tienes que ponerte de ese modo, porque la Junta del Centro acudirá á todas las necesidades de los obreros.

—Sí, como ha acudido otras veces; dos días á medias, y después arréglate sólo, obrero, y si no puedes, revientate.

—No digas tonterías. Esta vez el Centro socialista ha resuelto el problema de un modo admirable.

—¿Cómo? — preguntó ella algo esperanzada.

—Antes nos daban unas perras, y esas perras llegaban á casa, ó no llegaban. Ahora no habrá perras.

—¿Qué habrá?

—Arroz.

—¿Y así ha resuelto el problema la Junta? ¿con arroz?
¡Pobres de nosotros!

—No seas dura de mollera; las mujeres sois tontas. Oye la explicación que ha dado el Secretario. «El arroz, según hombres de ciencia que lo entienden, es un alimento muy nutritivo y barato. Hay tantos miles en caja de existencia: bueno. Hay tantos miles de huelguistas: bueno. A un kilo diario de arroz por cabeza, sale tanto: bueno. Podemos, pues, comparar tantos kilos que, con el combustible, chorrizo, manteca y condimentos, sale tanto: perfectamente. Luego resulta, en cuentas bien claritas que tenemos arroz para veinte días. La huelga durará, á mucho tirar, diez días, pues no pueden resistir por más tiempo los patronos... Con que aun sobrará la mitad del arroz para otra huelga. ¿Qué te parece?

—¿Y los duros que mensualmente pones en ese maldito Sindicato socialista?

—¡No faltaba más! te dan piñones y aun los pides mondados. A lo dicho: cada día perol en mano, al Centro, — dijo el obrero, besó estrepitosamente á sus hijitos y salió.

Al díasiguien te, antes que el arroz se cociera, aguardaba á las puertas de la *cocina del pueblo* abigarrada muchedumbre, casi toda de mujeres y chiquillos. Llevaban sendos peroles, pucheros, cacerolas, sartenes y todos los recipientes de cocina, conocidos y desconocidos, como cucuruchos grandes de papel de embalar, latas vacías de salmón, botellones-frascos de farmacia. Varios obreros hacían de *municipales* gratuitos para contener á la multitud.

Las multitudes no son pacientes y menos las de mujeres. Como el arroz tardaba en cocerse, una mujer gritó:

—¡Arroz!—y un grito agudo, por miles de voces repetido, contestó:

—¡¡Arroooz!!

—Habrá arroz para todos—clamó uno de los *municipales*,—habrá arroz; pero ¡pacienciaaaa, que aún no está cocidoool...

El vocerío y los empujones y riñas crecían por momentos; no hubo, pues, más remedio que repartir el arroz, aun no bien cocido. Cada mujer se retiraba con su recipiente. Entre ellas, le tocó el turno á la mujer de nuestro Simón. También á ella le dieron un kilo de arroz y se retiró á casa, no del todo descontenta, pues temía que no le iba á llegar la vez, según iba aumentando la muchedumbre que pedía y disminuyendo el arroz de las calderas del sindicato.

—¿Era verdad ó filfa?—le preguntó el marido, ya sentados á la mesa con los niños.

—¡Qué sosò y sin sustancia y crudo!—contestó la mujer haciendo ascos.—Este arroz es morisqueta.

—Ete adoz ez modiqueta—re itió el mayor de los nenes, haciendo el mismo gesto que su madre.

—Realmente—dijo el marido gustando la primera cucharada,—aquí no han puesto chorizo, ni siquiera tocino, ni sal. .

—Ni ná...—terminó la mujer.

En silencio y algo malhumorados fueron comiéndose aquel condumio los cónyuges: los chiquillos revolvían el arroz sindicalista y *buscaban* por el fondo con las cucharas por si topaban con algo más positivo, pero lo positivo no estaba allí.

—Guarda la mitad para la noche—dijo el marido.—Hoy protestaré en el sindicato: verás como mañana será mejor el guiso.

La mujer no contestó.

Al día siguiente sólo hubo medio kilo de arroz sindicalista, «*más peor* que ayer,» como decía uno de los chiquillos. Simón y su mujer se lo comieron sin decir palabra.

Al tercer día el arroz había terminado. La mujer volvió con el perol vacío á casa.

—¿Te has desengañado?—preguntó á su marido. Él no contestó. Los chicos tenían hambre. Además del perol vacío, la mujer traía un lio, y de él salió á relucir una hogaza y bacalao.

—¿Y eso?—preguntó él.

—Ahorrillos que iba yo haciendo, porque no me fiode promesas socialistas.

El marido bendijo á su mujer en el fondo de su corazón. Comieron. Los ahorros se acabaron á los tres días. Los chicos pedían pan llorando. Simón pudo encontrar dos reales.

—Toma uno y compra pan, yo comeré solo,—dijo á su mujer y marchó desesperado. Ella fué á la panadería, él á la taberna. Volvió la pobre mujer con media hogaza. A poco no quedaba ni una migaja: los chicos se hartaron, ella comió un pedacito. Sin embargo, tenía una esperanza: una señora piadosa le había prometido que haría algo por ellos.

La tarde pasó muy triste. La pobre mujer, arrodillada ante una imagen del Crucificado, clamó casi con dejos de desesperación:

—Padre nuestro, que estás en los cielos...

Una blasfemia y un portazo la interrumpieron. Simón llegaba, borracho perdido. Era el último remedio que él usaba en las grandes penas, la borrachera...

—¡Viva el arroz sindicalista!...—dijo tropezando.—Olé, mujercita. Hoy hay un *mentinggg*... mónstruo. Habla Lerroux y D. Pavito... Viva D. Pavito... guisao con arroz ..

La mujer lo empujó hacia la cama. El se tendió, cuan largo era, á dormir aquella mona de órdago... Pronto empezó á roncar.

Los chicos lloraban: ella los besaba sorbiéndoles las lágrimas. Rezaba á tropezones. ¡Qué noche tan terrible!

Llamaron á la puerta.

—¿Es aquí donde vive Simón Rodríguez?—preguntó un muchacho.

—Sí—contestó la mujer

—Me mandan con esto para ustedes—siguió el jóven, y dejó sobre una silla coja pan y otras cosas de comer.—Es la señora de... que ha interesado á las de las Conferencias ..

—Que Dios se lo pague y la Virgen María—dijo llorando la pobre. Marchó el jóven, comieron los chicos y la mujer... Luego se arrodilló ante la Imagen é hizo arrodillar á los niños. Rezó con ellos.

El marido soñaba y con voz gutural entrecortada de ronquidos, balbuceaba:

—¡Viva el ar...rroz sindicalista!.....

M S